Tarde infinita

La tarde, agazapada
me miraba por los ojos
entornados del puente
pupilas rojas frente
a mis ojos desesperados.

Tarde afilada
como una guadaña
en el campo de mi memoria.

Larde me acechaba
por los ojos del puente.

Esto sí, esto no,
me iba dejando desnuda
esquemática
sola como una antena.

Ruleta de imposibles
los cuatro puntos cardinales
girando en mi cabeza.

—

Tarde infinita, afilada
aún más allá
de mi memoria.

Ernestina de Champourcin

3 poemas

1

Rito judío

Esta hora que viene de lejos
soñémosla muy alto
con la frente en lo azul
y el corazón descalzo.

Despójate si quieres
ser vidrio de su vaso
y aguardemos en pie,
el báculo en la mano.

2

Rosa de caminos.
En la encrucijada
mis pies encendidos.

Uno prenderá,
—chispa vagabunda—
la antorcha de pinos.
Otro alisará,
—peine de oro y fuego—
el cristal del río.

Cada pie una llama
bruñendo un camino

3

Desnuda tu mano
y apoyaré mi frente
sobre sus dedos largos.

Limpia al fin de deseo
sin temblor de caricia
florecerá en mi sien
como una estrella viva

¡Mano!
Besaré las ideas
que estremecen su giro
entre tus dedos largos.

Matías Peñalba

Viñeta

La carreterita blanca
y la carretera negra
se cruzan y se separan
sin decirse adiós siquiera.

Por una, hombres afanosos
vuelan sobre cuatro ruedas;
por la otra, los gañanes
guían sus mulas camperas.

Caminitos son del mundo
las dos, que al mundo nos llevan;
y al mundo, crucificado,
en su cruz siempre se encuentra.

Luciano de San Saor

Avenida matinal

Caminar
o atarse los pies
a la gracia sensible de una cosa.

Paladear el sorbete colmado
de la mañana.

Avenida extática y no obstante
dinámica—lanzándose toda
con ansiedad
hacia una perspectiva
rubricada en azul.

Cliché recién revelado,
chorreante aún de hiposulfito,
visto a contraluz.

Avenida jocunda
que ha creado esta noche la ciudad
para mí.

Clara fresca, casi aterida
como un chorro de agua.

Tarde infinita

La tarde, agazapada
me miraba por los ojos
entornados del puente
pupilas rojas frente
a mis ojos desesperados.

Tarde afilada
como una guadaña
en el campo de mi memoria.

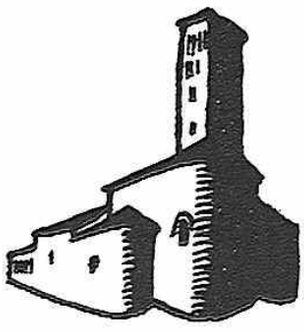
Larde me acechaba
por los ojos del puente.

Esto sí, esto no,
me iba dejando desnuda
esquemática
sola como una antena.

Ruleta de imposibles
los cuatro puntos cardinales
girando en mi cabeza.

—

Tarde infinita, afilada
aún más allá
de mi memoria.



Alfredo Marqueríe

Poema

rascacielos

(1

Sobre el cielo en derribo
testuz de la ciudad a quien serraron
cuernos de chimeneas
Monstruo postdiluviano
de la línea y el plano.

(2

Acerico de luces:
rascacielos.

(3

Fichero de bombillas y cristales,
estante de oficinas,
y tabla pitagórica de pisos
donde topan al fin los ascensores
en los multiplicandos.

(4

Tatuaje eléctrico,
—rojo arañazo del letrero—
vena rota de anuncio
se desangra el chaflán en vías públicas
donde pastan rebaños de bocinas.

(5

Entretejido de ventanas,
geometría de estrellas,
teorema iluminado.
Dominó de la cuarta dimensión,
(Solo manos de Dios lo jugarían).

(6

Raíz cúbica de astros.

Ivan de Tarfe

Momentos

Y me abrí—brazos en cruz—
con todos los músculos tensos.
Tenso todo yo, recipiente,
al rocío fecundo de tus besos.
Y me hice una gran flor.
Y aromé las horas de tu sueño.
Y me volví cohete, disparado
vertiginosamente, al cielo.

II

Claridad, allí, de claridades.
Cómo me desintegraba.
Soles en infinitas cantidades,
Normas nuevas presagiaba.

R-30.190

50 céntimos

manantial

VII-Segovia, 1929

Trébol

por Benjamín Jarnés

1

Uno de los diálogos más sugerentes de la historia es sin duda el que tuvo lugar en Erfurt, el 2 de Octubre de 1808. Interlocutores: Napoleon y Goethe. Tema: Julio César.

Quería Napoleón ver a César convertido por Goethe en personaje de tragedia. Proponía a Goethe ir a París para emprender la gran obra malograda en manos de Voltaire. «Sería preciso—decía Napoleón—mostrar al mundo hasta qué punto César le hubiera hecho feliz. Cómo hubiera todo acontecido de manera diferente, si se le hubiese dejado tiempo para realizar sus planes tan altos. Venga a París: lo exijo, absolutamente, de usted». (Véase *Goethe d'après ses contemporains*. Edictions Rieder. París. 1928.)

A Goethe—Muller lo cuenta—le preocuparon mucho tiempo estas palabras del emperador. Pensó ir a París. Al fin, desistió. Quería Napoleón ver utilizado a César como tema de arte, es decir, ver a su favorito—a su rival ya lejano—reconstruído por Goethe. César visto por Goethe y leído por Napoleón: no puede pedirse más. Pero ni César ni Jesús tuvieron esa fortuna.

No presumía el emperador, este emperador que tuvo tiempo para leer siete veces algunos de los libros—*Werther*—de su época—ni más ni menos que los caudillos de hoy—, que César hubiera acaso perecido en manos de Goethe, que hubiera *pasado a mejor vida,* al pasar a la del arte. Y, entonces, la esperada ejemplaridad hubiera fracasado; porque un héroe de libro de historia acaso pueda ser maestro de algo, pero no un héroe de tragedia. En su expedición hacia el gran arte goethiano, César hubiera perdido—y ganado—mucho. Para quien la naturaleza no tiene sustancia estética, para quien—como Goethe—la obra artística es una plena armonía de facultades, no la pintura de un hombre o de un paisaje, César, hecho tema, hubiera tenido que resignarse al sacrificio. Una ley de armonía hubiera mutilado el héroe y el ejemplo. El fruto de esa obra que Napoleón pedía a Goethe, acaso hubiera sido no un César subrayado sino un César traducido. Al fin del trayecto, César habría perdido buena porción del bagaje, difícil de salvar en las aduanas del arte, aunque hubiera ganado otra del equipaje individual de Goethe. Recuerdo ahora *el sacrificio* de César realizado por Bernard Shaw. De César, sólo queda en la obra una representacion de Bernard Shaw. Goethe hubiera quizá sido menos irreverente, pero más

BIBLIOTECA - SEGOVIA